

El arte de curar la capacidad de pensar

Reflexiones a partir del libro *Clínica del significado. El vértice Bion / Meltzer*, de Carlos Tabbia

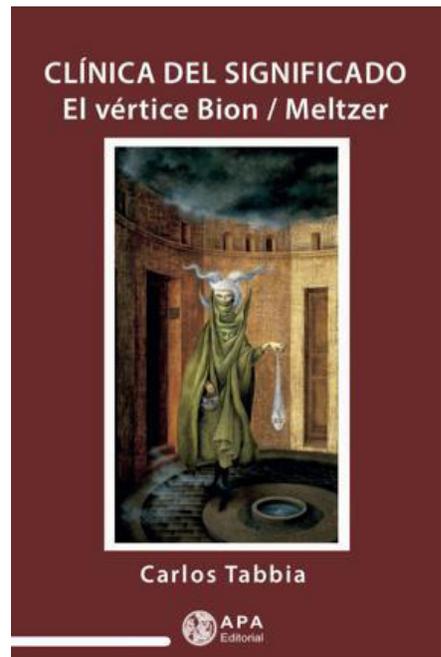
CARLOS TABBIA*

El acto psíquico de pensar tiene la facultad de aprehender los pensamientos que claman un sitio dentro de la mente. Una afirmación tan firme reclama aclaraciones y a esto dedicaré lo siguiente.

Klein, partiendo de la curiosidad infantil ante la escena primaria, de los aportes de Freud (1920) y considerando la ansiedad como motor de desarrollo “convirtió al psicoanálisis —según Julia Kristeva, 2006, p. 21— en un arte de

curar la capacidad de pensar”. Su descubrimiento de la fantasía omnipotente de identificación proyectiva y sus contribuciones al tema de la simbolización de las ansiedades más primitivas abrieron las puertas para explorar los trastornos del pensar, como hicieron Segal, Rosenfeld o Bion.

“W. R. Bion, siguiendo a Hanna Segal, —afirma Kristeva (ibídem, p. 200)— vuelve sobre la génesis de la capacidad simbólica en el niño pequeño, pero la ubica en un momento anterior a la posición depresiva, y describe el pensamiento primitivo de la fase esquizoparanoide: la identificación proyectiva sería el primer ‘pensamiento’”. No sólo será un pensamiento primitivo sino el modelo para el pensar, tal como Bion (1961) decía en



*Carlos Tabbia
Doctor en Psicología por la Universidad de Barcelona.
Miembro fundador del Grupo Psicoanalítico de Barcelona. Didacta de la *European Federation for Psychoanalytic Psychotherapy* (EFPP).

tabbiadespcho@hotmail.com



Una teoría del hombre: “Usaré la teoría de la identificación proyectiva como un modelo para el desarrollo temprano de los procesos que más tarde llamaremos el pensar” y del comunicar. Un modelo que supone una pareja inicial, pecho/boca y más tarde madre/bebé, con la posibilidad de establecer las primeras diferenciaciones entre objeto y sujeto. La internalización de esas diferenciaciones y posteriormente de las representaciones y funciones de los objetos serán los elementos esenciales para la construcción del modelo del aparato para pensar.

Para representar el aparato interno del pensar Bion emplea los signos ♀♂, *continente y contenido*. Sin embargo “... antes que ♀♂ puedan actuar, —dice Bion, *Elementos*, 1963, p. 64— ♀ debe ser encontrado y el descubrimiento de ♀ depende de la operación de $Ps \leftrightarrow D$. Es obvio que considerar cuál de los dos ♀♂ o $Ps \leftrightarrow D$ es previo distrae del problema principal”. Cuando se afirma que el continente debe ser encontrado, está implícito que ha de ser buscado; subyace aquí el supuesto de que el hombre es buscador de objetos y que depende de ellos para su subsistencia y desarrollo.

Para no distraernos del problema principal que nos atañe, se ha de señalar la relación del hombre con el pensar y los pensamientos como lo plantea Bion (*Volviendo a pensar*, 1967, p. 152):

Es conveniente considerar el pensar como dependiendo del resultado exitoso de dos desarrollos mentales fundamentales. El primero es el desarrollo de pensamientos. Estos requieren un aparato para manejarlos. El

segundo desarrollo, por lo tanto, es el de este aparato que provisoriamente denominaré el pensar (*thinking*). Repito, el pensar es llamado a existir para manejar pensamientos. [...]

Más tarde agrega:

Los procesos psicopatológicos pueden estar asociados con una o con ambas fases, esto es, pueden estar relacionados con una falla en el desarrollo de pensamientos, o con una falla en el desarrollo del aparato para ‘pensar’, o sea, tratar con pensamientos, o con ambos a la vez.

Necesitamos pensar para soportar la carga de pensamientos que en tanto humanos acarreamos, muchas veces sin entender dicha carga y en general temiéndola porque, como fantásticamente se presenta amenazante en *Memorias del Futuro*: “Soy un pensamiento en busca de un pensador que me dé vida. Aniquilaré al pensador cuando lo encuentre” (Bion, 1991a, p. 61). ¿Quién tiene suficiente continente para acoger los pensamientos? Nuestra mente frágil se enfrenta a la tarea de desarrollarlos y a la de lograr un aparato apto para pensarlos. Tareas que despiertan tanto anhelo como temor.

Sin una identificación introyectiva con un objeto combinado de objetos totales es inquietante ofrecerse como continente; sin dicho soporte es difícil acoger emociones capaces de transformarse en símbolos, en pensamientos, como difícil observar y reconocer la realidad psíquica. Sin capacidad de observación



ni de modular el dolor mental, los pensamientos y el aparato para pensar no se desarrollan adecuadamente, originando los procesos psicopatológicos mencionados por Bion.

Una de las consecuencias de la ausencia de identificación introyectiva con el objeto combinado es que conduce a una restricción mental promotora de la creencia de que la realidad queda circunscripta al ámbito conocido, concreto e inmediato. Si esa restricción empobrecedora se complementa con la creencia en el lenguaje como algo concreto, se crea la combinación justa para la “evacuación de las experiencias emocionales y así impedir que lleguen a formar parte de la experiencia mental” (Meltzer y Harris, 1998, p. 324) y del desarrollo de los pensamientos y del aparato para pensar.

Hay personas para quienes la realidad psíquica es inaccesible y el pensar casi imposible. El aumento de demandas de terapia por parte de personas con este tipo de trastorno enfoca y denuncia los problemas de sociedades basadas en lo inmediato, fácil y sensual. A continuación haré referencia a tres casos, bastante extremos, de adultos mencionados en el libro (Tabbia, 2021) y que fueron supervisados por Meltzer.

Por ejemplo Ferrán (descrito en el libro) hablaba ambiguamente y con un discurso lleno de generalizaciones que hacía presuponer cierto trastorno del pensamiento; un trastorno que surgiría de su persistente preocupación por la imagen que daba y que le impedía observar y tener experiencias emocionales. Para Ferrán todo quedaba a nivel de fantasías diurnas y rumiaciones. La función

alfa tenía serias dificultades para crear elementos aptos para construir sueños nocturnos. Pero su dificultad no impidió que estuviera atento a lo que yo le decía. Prueba de ello era que su pareja dejó de ser sólo una figura de transferencia para pasar a ser sólo una persona, lejana de la idealización inicial; esto permitió que se centrara, desplazara sobre la transferencia permitiéndole observarse y devenir un sujeto. Esto no significaba que Ferrán pudiera prescindir del objeto externo para observar su realidad psíquica.

Otro material presentado en el libro se refiere a Inés. Desde su condición maniáco depresiva, Inés había desarrollado técnicas para evitar pensar y para quitar el sentido a todas las experiencias, salvo el de ganar y sentirse maniaca o perder y estar deprimida. Cuando la vida queda reducida a ganar o perder, la vida carece de sentido, que era su estado inicial. Entre sus dificultades para pensar no se encontraron confabulaciones que tornaran innecesario el pensamiento. Ante el contacto con un objeto, base del pensar, eludía la experiencia desviando velozmente la atención hacia un elemento circunstancial, periférico. Su éxito consistía en reducir todo a realidad externa. Y el trabajo clínico consistía en discriminar conceptos y emociones, al mismo tiempo que se toleraba la tenaz oposición a la situación analítica. Frente a la oposición a la observación de la realidad psíquica surge otra actitud: la expulsión de la misma. Este es el caso de Florencia.

Las circunstancias que conformaron la primera infancia de Florencia eran suficientemente complejas como para que se sintiera poco asistida. Su padre



hubo de emigrar y su madre estaba desbordada por la marcha precipitada del marido como por las circunstancias que promovieron la emigración. Esta desafortunada llegada al mundo sentó las bases de una personalidad reivindicativa, en guerra con el mundo.

Florencia era particularmente bella pero su belleza era utilizada para oprimir a sus parejas que terminaban huyendo. Esto incrementaba aún más su odio y desembocaba en explosiones ya sea tirando objetos, o comiendo o masturbándose compulsivamente. Funcionar sin normas era su ley. La introspección no era su mayor cualidad ni su principal interés. Estaba capacitada para la acción y su víctima principal era la realidad psíquica. Buscó ayuda a raíz de su violencia, unido a que una grave enfermedad la asustó a tal punto que, aconsejada por un amigo, comenzó análisis.

Al inicio del análisis anhelaba que fuéramos amantes, deseo que actuó con otro profesional; sin embargo a pesar de su impulsividad y expulsión de su realidad psíquica trajo algunos sueños en los que, por ejemplo, abrazaba a su madre pero desconfiando si en ese momento su madre sacaría garras y la mordería. A partir de entonces se le fue tornando evidente que dentro de los objetos había violencia y excitación. No podía saber qué guardaba su madre en su interior: ¿odio o amor? Era como si dentro del seno materno sólo hubiera su resentimiento. Esto justificaba su actitud hostil contra el mundo. Y en su mundo externo, los objetos de su ira éramos el esposo en la vida cotidiana y el analista en cada sesión. Ambos éramos monitorizados y

castigados si nos movíamos con libertad de pensamiento. Me recordaba a la niña del film *El exorcista*. Negando parcialmente el temor que me generaba, sentía que la paciente despertaba mi interés que me permitió perseverar. Pero hube de reconocer que cualquier cosa que le decía sería usada en mi contra. Para ella introyectar era sentirse vulnerable, por tanto, los significados eran examinados para descubrir toxicidades en su interior y en general eran descartados. Era una pesadilla para mí.

El problema era cómo abordar el tratamiento. En ese sentido Meltzer pensaba que para esta mujer bastante psicopática era necesario entender el método terapéutico que se describe en el Evangelio y que consiste en expulsar el mal espíritu del enfermo colocándolo en los cerdos para luego arrojarlos por el barranco. Esto implicaba que la irritabilidad destructiva y voraz de la paciente, su locura, tenía que proyectarse en el marido y luego en mí para luego desembarzarse de nosotros. Intentos que hizo en varias oportunidades.

A pesar de la turbulencia que se hacía presente en la consulta, Meltzer destacó el carácter aburrido del material, atrapado en reivindicación, excitación y descargas. Era importante no perder de vista que los ataques de la paciente pretendían destruir la individualidad del analista, en tanto concepto de padre o de madre. Atacando la formación de conceptos conseguiría evitar el impacto emocional de encontrarse con la función materna y paterna del analista. El recurso para evitar o impedir la formación simbólica era la erotización y las actua-



ciones. La paciente podía alzarse bruscamente del diván sin ningún preámbulo, de un salto, o podía usar ropa que facilitaba que se le vieran sus pechos o su trasero. En esos momentos actuaba su agresividad, cosa que al final del análisis también pudo reconocer y preocuparse por su propia violencia.

En el momento de esa supervisión fue considerada como una psicótica incipiente. Este diagnóstico permitió establecer una diferenciación entre psicosis borderline y psicosis incipiente. La diferencia consiste en que el psicótico borderline tiene dañada su relación con la realidad por el empleo de la identificación intrusiva, mientras que el psicótico incipiente está desabarrancándose por la pendiente de la locura y trataría de salvarse exportando su psicosis hacia su entorno. Aunque ambos estados mentales buscan descargar y exportar su psicosis, en la psicosis incipiente la descarga se realiza con mayor compulsividad, urgencia y masividad afectando a todos los objetos —posibles continentes— que la rodean. Este era el método auto-terapéutico de Florencia; para tal fin explotaba su belleza irresistible.

Cuando estos pacientes están atrapados en la actuación de la expulsión de su psicosis son incapaces de realizar observaciones de su realidad psíquica. Es tarea del analista observar en la inmediatez de la transferencia el peligro de caer por el barranco que asedia a ambos: paciente y analista. Al respecto, conviene recordar —como decía Meltzer— que el “psicoanálisis es la ciencia de la observación, no de la explicación. Cuando empiezas a ofrecer explicacio-

nes a los pacientes estás realmente retrocediendo”. Y se retrocede porque se está evitando describir metapsicológicamente el drama que está presente en la relación con el analista, seguramente por el temor a la respuesta del paciente o por la dificultad de estar en contacto con esos mecanismos; el problema se agranda cuando se evita el contacto formulando *clisé* o mentiras. Una consecuencia posible es que el paciente se sienta abandonado y reaccione con más expulsión de la realidad psíquica, rechazo de la relación analítica y arrasando los primeros pensamientos.

Frente a una paciente como Florencia, que invita a establecer relaciones sadomasoquistas alternantes, Meltzer señalaba que la tarea del analista es

...la de preservar la esperanza cuando te ves enfrentado a la impotencia, cuando no puedes hacer nada. Lo único que puedes hacer es escuchar y pensar. De esa manera, escuchando y pensando, estás mostrando tus cualidades terapéuticas esperando que el paciente llegue a identificarse contigo. En estas circunstancias, la principal cualidad requerida al analista es la perseverancia. Eventualmente, la evidencia de la identificación del paciente con este tipo de objeto [que observa y piensa] será la aparición de la sinceridad en sus comunicaciones; será el hablar en serio, no sólo decir algo sino decirlo sinceramente.

Se trata de “perseverar” y “escuchar y pensar” desde el vértice psicoanalítico, es decir, desde la metapsicología sostenida en la intuición.



Llegado a este punto y en honor a la brevedad, diré que con Florencia era frecuente el encontrarse atrapado en discusiones basadas en malos entendidos (Money-Kyrle). Las emociones no podían ser pensadas sino que rápidamente se transformaban en reivindicaciones. Lejos de funcionar como puentes hacia la realidad, las emociones eran negadas en su función comunicativa. No pocas veces se sentía poderosa al funcionar gobernada por los anti-vínculos (-L, -H, -K): autoritaria, fanática, cínica, fría; aunque otras veces aparecía como una niña abandonada que reclamaba y/o exigía brazos. Como carecía de la capacidad de modular la violencia de sus emociones, por ejemplo, su amor (L) exigía encuentro sexual. Su problema mental se complicaba cuando a los anti-vínculos se añadían las equiparaciones simbólicas derivadas de confusiones zonales. Esa combinación impedía naturalmente la observación de cada objeto o situación, afianzándola en su sentimiento de injusticia.

Ahora bien lo común a estas tres personas —Ferrán, Rocío y Florencia— era la incapacidad para observar e investigar la realidad psíquica, para pensar y para desarrollar vínculos íntimos. Pacientes como estos ponen a prueba la capacidad de apasionarse del analista. Cuando uno se encuentra con pacientes incapaces de observar la realidad psíquica o que están excitados en la destrucción de la misma y el rechazo del significado sólo queda la confianza en la propia realidad psíquica para tolerar esos encuentros. Aunque a veces surja la pregunta si se puede llamar encuentro a momentos desbordantes de manifestaciones de anti-vínculos. Sin duda, la respuesta es afirmativa. Flaco favor se

ofrecería al paciente si el analista se retirara, casi repitiendo la historia infantil de Florencia. Por el contrario, la respuesta es la de perseverar.

Cuando uno se encuentra con este tipo de respuestas de los pacientes se torna imprescindible la tolerancia y la perseverancia, como decía Meltzer. Una tolerancia que incluya la conjunción intrapsíquica de los vínculos y anti-vínculos, pudiéndose devenir un analista apasionado generador de pasión compartida, pues sólo la pasión transforma. Como dice Grotstein (2007, p. 312) tras el pensamiento de Bion:

L, H y K son los componentes de la pasión. La pasión debe ser compartida para calificar como tal; transmite la emoción del sufrimiento y la del calor. Es una condición sine qua non de la capacidad de contención del analista. [...] Creo que L, H y K operan de manera inseparable, pero en cualquier momento uno de ellos puede pasar al primer plano mientras que los otros parecen retraerse. Fundamentalmente, podemos K un objeto sabiendo lo que sentimos (L ↔ H) hacia él. A menudo, Bion ha declarado que uno no puede amar sin odiar y uno no puede odiar sin amar. K es mencionado con mayor frecuencia por los estudios de Bion y por otros autores, pero creo que no puede haber K sin L y H, sino intentos de fingir su ausencia.

Esta descripción de la pasión no desconoce las fuerzas arrolladoras de los anti-vínculos, siempre dispuestos a enfriar los encuentros, a producir mentiras en lugar de verdades, o confusión en lugar de diferenciaciones.



En la intimidad consigo mismo, y siendo sincero, el analista negocia la combinación de las emociones y la cualidad de su estado mental para sostener la tarea. También existen otras alternativas, por ejemplo, funcionar “como sí”; pero el fingir puede ser una expresión de su insinceridad para eludir una situación que lo supera pero que, lejos de aliviarlo, incrementa su sufrimiento. La dificultad para reconocer el odio (H) frente a la tenaz oposición de las partes amentales de los pacientes puede moverlo en la dirección de la Tabla negativa o de la reversión de la función alfa, despojando las experiencias de sus significados posibles. Y cuando no se entiende al paciente se puede inconscientemente colusionar con ellos creando una apariencia de tratamiento, generadora de frustración y cronicidad.

Cuando se está ante este tipo de trastornos en la capacidad de pensar conviene recordar lo que decía Meltzer (1984):

...el proceso analítico y la posición depresiva nos hacen entender que la tarea más importante del análisis, como ha subrayado varias veces Klein, es la de permitir al paciente superar la negación de la propia realidad psíquica. Cuando se descubre que nuestro objeto estético más precioso es nuestra realidad interna, surge el problema de cómo proteger este objeto de nuestra hostilidad.

Este pensamiento nos puede estimular a preservar nuestra propia salud mental y nuestra herramienta de trabajo. También conviene no olvidarlo para no distraernos ante el desgarramiento que sienten los

pacientes cuando descubren cómo han destruido, maltratado su objeto estético más precioso, y hasta su vida misma. Digo estar atento porque la tentación de la escisión, la negación y racionalización se ofrece como falsas puertas de emergencia y la tentación de retroceder suele asomar tentadora. En esos casos, no conviene olvidar que el “psicoanálisis es un arte de curar la capacidad de pensar” (Kristeva).

Bibliografía

- Bion, W. R.** (1961): *La concepción del hombre, The Complete Works of W. R. Bion*, London, Cris Mawson, editor, Karnac, 2014.
- Bion, W. R.** (1963): *Elementos de psicoanálisis*, Bs. As., Hormé, 1966.
- Bion, W. R.** (1967): *Volviendo a pensar*, Bs. As., Hormé, 1977.
- Bion, W. R.** (1991): *Memorias del futuro, El sueño*, Madrid, Julián Yébenes, S. A., 1995, pp. 13-279.
- Freud, S.** (1920): *Más allá del principio de placer*, Bs. As., Amorrortu, ed., XVIII, 1979, pp. 1-62
- Grotstein, J. S.** (2007): *A beam of Intense Darkness*, London, Karnac.
- Kristeva, J.** (2006): *El genio femenino. Melanie Klein*, Bs. As., Paidós.
- Meltzer, D.** (1984): *Sulla immaginazione, Quaderni di Psicoterapia infantile*, Roma, Borla, 132-169.
- Meltzer, D. & Harris, M.** (1998): *Adolescentes*, Editado por L. Jachevasky y C. Tabbia, Bs. As., Borla
- Tabbia, C.** (2021): *Clínica del significado. El vértice Bion / Meltzer*, Bs. As., APA.